

A 40 años del golpe: el heliotropismo de la historia

JORGE ROJAS HERNÁNDEZ¹
Universidad de Concepción, Chile

1 Discurso —versión ampliada— pronunciado en el Acto Foro Panel «*Legado de Salvador Allende y desafíos de Chile para el siglo XXI*», realizado el 4 de septiembre de 2013 en el Salón de Honor de la Municipalidad de Concepción, con la participación del Premio Nacional de Historia, Gabriel Salazar.

Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor (último discurso del Presidente Salvador Allende, 11 de septiembre 1973).

El legado que no muere y renace

Momentos antes de morir el Presidente Salvador Allende hizo su última alocución radial. Muy impresionante su sentido histórico y su consecuencia. Eran momentos dramáticos, en medio del bombardeo de la Moneda y la toma violenta del poder por los militares. Se ponía fin por la fuerza del capital y de la intervención norteamericana a la experiencia histórica única de socialismo democrático en América Latina y el mundo. Por lo mismo que el golpe y la violación sistemática de los derechos humanos, tuvo tanto repudio internacional y muestras generosas de solidaridad con el pueblo chileno y el significado histórico del gobierno de Salvador Allende, en un momento en que en América Latina, los movimientos sociales y políticos, inauguraban e impulsaban procesos de recuperación de las riquezas naturales —en el caso de Chile, el cobre—, de defensa de los públicos (como la educación, salud y pensiones) y la justicia social (distribución del ingreso). Son los mismos temas y exigencias presentes en la agenda de los nuevos movimientos sociales actuales —como los recientes en Brasil, Chile, México y los movimientos indígenas— y el de los Indignados en el mundo.

Se han realizados muchos análisis sobre la Unidad Popular y sobre el golpe militar. Sin embargo, muchos de esos análisis se han quedado atrapados en la academia o en los partidos políticos. No han trascendido hacia la sociedad. Tampoco hacia las nuevas generaciones, hacia los jóvenes. A igual que en la época colonial, los vencedores trataron de sepultar la historia de los mil días del gobierno de la Unidad Popular. Echarle tierra a sus obras, destruyendo sus instituciones sociales y culturales. Se le antepuso “los valores y tradiciones de la patria” para salvar al capital. Se quemaron los libros que hablaban de la experiencia política y social para borrar la memoria escrita.

Por otro lado, una parte importante de la izquierda se renovó —para bien y para mal—, revalorizó aquello que había despreciado en el pasado (las instituciones burguesas y el mercado) y renegó del camino seguido (el socialismo). Entonces, a partir de 1990 se siguió una estrategia de centro izquierda de adaptación a las políticas de mercado, profundizando exitosamente el crecimiento y la modernización económica, la inserción internacional de la economía, sin modificar en lo fundamental la institucionalidad heredada de la dictadura (Constitución Política, sistema electoral binominal, etc.)

y sin considerar sus impactos en el agravamiento de la desigualdad y la precariedad del sistema democrático postdictadura.

El gobierno del Presidente Salvador Allende significó un avance en el terreno de la defensa de los recursos naturales, hoy en su mayoría —incluida el recurso hídrico—, en manos de megaempresas chilenas y transnacionales. El movimiento estudiantil y parte importante de la sociedad chilena, reclaman por el retorno de estos recursos al sector público, al menos a ser sometidos a su control. La educación pública gratuita, en todos los niveles, correspondía a un patrimonio común del Chile anterior a la dictadura. Este sistema integraba las clases sociales. Hoy, en cambio, su privatización ha profundizado la segregación y las brechas sociales. El retorno de lo público y de un Estado más fuerte y social, se ha transformado en un clamor consciente y urgente de la mayoría de la sociedad que se siente desprotegida y sin derechos.

Transcurridos 40 años del quiebre democrático, el país recuerda el legado del Presidente Allende con multitudinarios y diversos actos de homenaje y repudio a los crímenes de la dictadura. La imagen de Allende, su figura señera, se engrandece en estos días, especialmente entre los jóvenes que no lo conocieron, pero que buscan ejemplos que orienten la lucha por cambiar el sistema social e institucional injusto y extremadamente desigual imperante.

El legado de una obra histórica se transmite de generación en generación, las que a su vez la recrean y adaptan a las nuevas condiciones políticas, culturales y sociales. Los nobles ideales no son erradicados ni borrados por golpes de Estado, aunque persiguieran propósitos “fundacionales”, como lo pretendió la dictadura.

El legado no se reduce a la obra y pensamiento de un líder carismático como Salvador Allende, quien por lo demás representa una época y una acumulación de experiencias, luchas y anhelos históricos de generaciones. El legado es un complejo articulado y diferenciado de experiencias y obras humanas en un amplio sentido. Algo característico que se cuele por la historia de las generaciones es por ejemplo el arte: el cine, la pintura, la literatura, los murales (una y otra vez borrados por la dictadura), el teatro, la poesía, la música. Aquellos tiempos fueron tiempos muy creativos, forjadores de esperanzas. Y el arte, en sus diversas manifestaciones, representó genuinamente esos deseos profundos de mejorar la vida, de abolir las formas de esclavitud y explotación que prevalecen en las relaciones sociales. De soñar una sociedad más libre, democrática, justa y soberana. Feliz. Dueña de sus riquezas y de su destino, como se acostumbraba a decir. Es verdad que a menudo las palabras y los deseos sobrepasan la compleja y porfiada realidad. El arte es la mejor representación de lo que el ser humano busca y desea desde sus profundidades como ser mismo. El arte expresa en plenitud la *ontología del ser*, en sus sentimientos, sus sentidos, necesidades, su relación con la naturaleza y con sus semejantes, que le dan sustentación existencial. El legado del arte, por lo mismo, representa el heliotropismo más profundo. Es el que une generaciones y da sentido a la vida y a la historia.

En estos días de intensos recuerdos conmemorativos de los 40 años del golpe militar, el arte ha estado como nunca presente. En verdad siempre ha estado presente. Sólo que ahora lo ha sido con mayor intensidad y significado simbólico. En la década de los sesenta surgieron muchos grupos musicales que acompañaron los procesos de cambios, especialmente bajo la conducción e inspiración de Víctor Jara. La figura de este extraordinario cantautor se ha elevado con el tiempo. Sus canciones y melodías suenan como si vivieran en el presente. Como si nada hubiese pasado y nada pudiese destruir aquello que se quiso construir en nombre del pueblo y para el pueblo. El canto a la esperanza. “El deseo de vivir en paz”, como reclama una de sus famosas invenciones musicales. El 11 de septiembre se dirigió con su guitarra a la Universidad de Técnica del Estado (hoy USACH) donde trabajaba. Y allí lo detuvieron y trasladaron al estadio Chile. El 14 de septiembre apareció vilmente torturado y asesinado en un sitio abandonado, con 44 balas en el cuerpo. Con la tortura y las balas buscaban acallar su voz para siempre con el filo del odio y la venganza. De la misma manera como quemaron miles de libros, asesinaron a muchos otros, hicieron desaparecer personas y expulsaron al exilio a miles de chilenos. La brutalidad del asesinato a Víctor Jara simboliza el desprecio profundo por el que piensa diferente y lucha por la emancipación del ser humano. Los colonizadores se referían a la población indígena como “naturales” o “bárbaros”. Un miembro de la Junta Militar se refería a los comunistas (todo militante de la Unidad Popular era considerado comunista) como “humanoides”. Según la Real Academia de la Lengua Humanoide se define como: “*Se aplica al animal o la cosa que tiene un aspecto parecido al del ser humano*”. O “*ser con rasgos de hombre*”. En otras palabras, un humanoide no alcanza a ser un humano. Y por lo mismo, se le puede maltratar para “corregirlo” y si es necesario, eliminar.

La música de aquella época se inspiró también en la rica cultura y la vida de los pueblos andinos, recogiendo sus valores tradicionales, los que se conectaron con las demandas sociales y políticas de la época. En los momentos de crisis y de alza de los movimientos sociales, se producen conjunciones y fusiones de tiempos, espacios y pueblos, históricamente separados por las estructuras múltiples de dominación. La música —en general el arte— es un don gratuito que traspasa el tiempo y las barreras idiomáticas. Es un lenguaje especial que transmite mensajes maravillosos y liberadores en forma de sonidos y melodías que producen encantamientos en el cuerpo y espíritu de las personas. El arte posee una fuerza mágica que comunica novedades, recuerda buenas prácticas sociales, recicla el buen sentido existencial del pasado y lo proyecta como nueva novedad para el futuro. Víctor Jara murió para seguir viviendo en el tiempo y el territorio de la esperanza de los pueblos que luchan por liberarse de todo yugo opresor.

La memoria histórica reconstruye el sentido de la comunidad humana

Walter Benjamin, víctima del régimen nazi, reflexionando sobre la Historia, señalaba:

La verdadera imagen del pasado pasa súbitamente. Sólo en la imagen, que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad, se deja fijar el pasado. La verdad no puede escapárseos.

lucha de clases, que el historiador educado en Marx tiene siempre presente, es una lucha por las cosas burdas y materiales, sin las cuales no existen las más finas y espirituales. Pero estas últimas están presentes en la luchas de clases, y no como la simple imagen de un botín destinado al vencedor. En tal lucha esas cosas se manifiestan como confianza, valentía, humor, astucia, impasibilidad y actúan retroactivamente en la lejanía de los tiempos. Ellas pondrán en cuestión toda nueva victoria lograda por los dominadores. Así como las flores vuelven hacia el sol su corola, de la misma forma, en virtud de un heliotropismo, todo lo que ha sido se vuelve hacia el sol que surge en el cielo de la historia.

En cada época es preciso esforzarse por arrancar la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla . Sólo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer. (Walter Benjamin, Conceptos de Filosofía de la Historia, Págs. 65-76).

En nuestro caso, los desaparecidos fueron por mucho tiempo negado por el vencedor y sus cómplices, incluido los medios de comunicación conservadores, como El Mercurio. Durante muchos años los medios de comunicación, siguiendo la lógica perversa de la dictadura, se refirieron a los desaparecidos como «presuntos desaparecidos». Y hoy, a 40 años del golpe militar, aún existen los desaparecidos, ignorándose sus paraderos. El pacto del silencio sigue dominando el comportamiento de militares y civiles responsables de los horrores del pasado.

La muerte, la crueldad y el dolor constituyen dispositivos del conquistador orientados a doblegar y subyugar al ‘enemigo’, al que se busca vencer y someter para siempre. Por décadas los familiares de los desaparecidos han luchado para mantener viva su causa, luchando contra el olvido y la indiferencia. Son héroes de la verdad y la justicia, como las Madres de le Plaza de Mayo de Argentina. En muchos países de la América Latina reprimida existen estas agrupaciones ejemplares que alumbran a sus sociedades, impidiendo que se apague la verdad en la indiferencia, el olvido o el silencio. Estos instantes permanentes de cognoscibilidad y relampagueo hacen posible el heliotropismo a que refiere Benjamin: que las virtudes humanas —cultivadas y practicadas en el pasado— vuelvan renovadamente a la vida social presente y futura. Representan la esperanza del cambio, de la felicidad, negadas por el colonialismo y sus seguidores criollos, las fuerzas conservadoras.

A 40 años del golpe militar, el dolor sigue estando presente en la sociedad. Las heridas aún no se han cerrado. No existe la reconciliación que reclama la iglesia católica. Y sigue estando presente por dos razones: i) debido a que la violación a los derechos humanos y en especial, la situación de los desaparecidos aun no ha sido esclarecida y ii) porque parte importante de las instituciones heredadas de la dictadura siguen vigentes.

A 40 años del golpe militar surgen también evidencias y resultados de investigaciones realizadas sobre la violación de los derechos humanos, que muestran con dureza y claridad las formas brutales de tortura y modalidades de sometimientos que sufrieron las miles de víctimas de la represión. Sólo a modo de ejemplo citamos el estudio realizado por Gabriel Salazar —Premio Nacional de Historia—, sobre el principal centro de tortura de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), Villa Grimaldi, donde Salazar estuvo además preso. La cita que a continuación se transcribe representó el testimonio central que el propio Salazar expresó en la presentación muy emotiva que hiciera del libro *Villa Grimaldi* en nuestra Facultad de Ciencias Sociales en el mes de octubre:

En Villa Grimaldi los agentes te despojaban de todo: de tus pertenencias, de tus ropas, de tu edad, de tu condición de género, de tu prestigio, de tu estatus social e incluso de tu condición básica de ser humano. Allí, eras, solo, absolutamente, un «desnudo». Una memoria pura, alojada «en tránsito» para entregar, única y exclusivamente, «información»; es decir, para vestir de ropas, personas, identidad y vida el organigrama que colgaba en la pared del analista-torturador.

No te dejaban nada propiamente *tuyo*. Ni siquiera, a veces, tu vida.

No obstante, siempre conservabas algo «tuyo». Algo que te acompañaba fielmente en todos esos momentos. Tibio, seco y a veces sucio, pero allí, todo el tiempo.

Tú *venda*.

La venda, que te enceguecía de frente y hacia arriba. Que te ocultaba a ratos los rostros de los victimarios. Pero que, a cambio, te volcaba hacia adentro. Hacia atrás. Hacia las más profundas fibras de ti mismo. Hasta la sensación temblorosa pero viva de tu «ser». Y era increíble, después de todo, apenas un minuto después, te preguntaban, en voz baja: «¿Cómo está, compañero, está bien?». Y te acomodaban en la cama. Te tapaban con cualquier cosa, porque estabas tiritando. «Compañero, tranquilízate. Descansa. Y no tomes agua». Y algunos, incluso, te hacían cariño en el pelo. Te trataban como a un niño. Poco a poco fuiste sintiendo que te rodeaba un calor humano, de hombres, de mujeres, de lo que fuera, pero que, lentamente, te relajaba. Es que estás respirando, de nuevo, humanidad. Pero tú seguías incrédulo y receloso: ¿cómo, apenas a cinco metros de distancia, habías pasado de una cámara repleta de inhumanidad, a una celda recargada de solidaridad? ¿Cómo morir y renacer en tan poco tiempo? (Salazar, 2013: 207-208).

El testimonio habla por sí solo. Las páginas del libro *Villa Grimaldi* expresan de múltiples maneras, con muchos ejemplos y testimonios de ex-presos políticos, el nivel de represión aplicado por los órganos de inteligencia militar especializados en obtener información de los detenidos, así como las respuestas solidarias de los presos con sus propios compañeros de celda. En palabras de Gabriel Salazar: era impresionante pasar de «5 m² de inhumanidad» (lugar de tortura) a «5 m² de humanidad» (lugar de descanso postortura).

Estos fuertes testimonios, nos indican que a 40 años del golpe militar aún no se cierran las heridas del pasado. Más aún, ello significa que los cambios que la sociedad

y sus instituciones requieren en el futuro próximo, deben considerar este aspecto humanitario del pasado, aún no resuelto del todo. Por lo tanto, el ciclo que se “cierra”, proclamado por la Nueva Mayoría, no puede dejar fuera del proceso político esta dimensión profundamente humana de la transición.

La Nueva Mayoría —Coalición de la antigua Concertación por la Democracia y el partido Comunista—, que respalda a la ex Presidente Michelle Bachelet a la presidencia (las elecciones son el 17 de noviembre de 2013), habla del «inicio de un nuevo ciclo político», lo que implicaría el cierre del período del modelo neoliberal en crisis. Sin embargo, el ciclo del neoliberalismo aún no se ha cerrado. Pero este anuncio produce la esperanza de que se cierre y se inicie un período en el que parte del legado histórico podría entrar en la escena política y social. Su intensidad, dependerá de las fuerzas sociales y políticas y de la voluntad política, que el nuevo proyecto en construcción —en medio de la campaña electoral—, sea capaz de movilizar y luego implementar si se transforma en gobierno, como lo expresan las encuestas.

Por lo mismo que la historia, la memoria es trascendental para construir y sustentar el presente y el futuro. No existe lo «refundacional» como una obra en abstracto, como lo pretendían los militares y los economistas neoliberales que rápida y autoritariamente impusieron el mercado. Definitivamente no se puede históricamente volver a fojas cero. Incluso la muerte y la tortura siguen acusando a sus hechores. Son actos que no prescriben con el paso del tiempo.

Un pueblo, una comunidad humana no existe sin historia. Y la historia se construye paso a paso, la hacen sus habitantes vivos, con su trabajo, sus sufrimientos, su organización, sus luchas y esperanzas por un presente y futuro mejor que el pasado que les tocó vivir y sufrir. La historia, agrega Benjamin, no es un mero *continuum* ni una simple suma o sucesión de hechos desarticulados. «La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino el ‘tiempo actual’, que es pleno». Y un espacio imaginario, pero también real del tiempo actual proviene del pasado, el cual no puede ser nunca totalmente arrancado de la historia, por mucho que los vencedores tratan de convencer a la sociedad de que hay que olvidarse del pasado y sólo ‘mirar hacia el futuro’. De allí la importancia de examinar y revalorar los legados que nos dejan figuras históricas como Salvador Allende y el proceso de cambios que encabezó. Opera una especie de heliotropismo histórico que permite que los legados se cuelen por la historia y reaparezcan nuevamente en otro momento de las luchas sociales. Ocurre por ejemplo con el sentido de justicia, democracia, los valores humanos y solidarios que mueven la historia de la emancipación humana con capacidades de resiliencia y de proyección futura.

Nuestro país y en general América Latina ha sido construida a golpes históricos, despojada de historia. Lo que ha permitido someterla a diferentes procesos de colonización y modernización, de sometimiento a potencias extranjeras y adormecimiento social. Y cada vez que intenta despertar recibe un golpe para arrebatarse algún patrimonio natural o social. Y cada golpe deja miles de muertos e impone retrocesos de larga

duración en los avances, como sucedió con Chile el 11 de septiembre de 1973, fecha fatídica en nuestra historia republicana, que no debió ocurrir y nunca debe repetirse.

La historia, como relampagueo consciente y colectivo de la memoria, nos ayuda a reconectarnos y resignificar nuestra huella histórica como comunidad que busca su destino, su sentido existencial, su felicidad individual y colectiva. Nuestra historia republicana ha sido marcada por el anhelo de la justicia social, la democracia, la libertad y la solidaridad entre generaciones, pueblos diversos que habitan en el territorio con culturas propias.

La memoria histórica la necesitamos para no caer en el vacío de sentido como comunidad. El sentido de comunidad regional y nacional se reconstruye en forma permanente, apoyándose dialécticamente en las bases y las acciones de otras generaciones. A ellos también debemos lo que hoy somos como país y personas. También nos debemos a aquellos que entregaron sus vidas y a los que fueron víctimas de la violación de los derechos humanos durante la dictadura militar. Ellos forman parte de la memoria histórica que no debe olvidarse ni desvanecerse. Recordemos a los jóvenes, a los estudiantes de nuestra universidad que cayeron víctimas de los atropellos y la violencia. Y a todos los que mantuvieron viva la esperanza de un Chile mejor, en el que los estudiantes movilizados y nosotros —una generación testimonial de diferentes tiempos— seguimos creyendo y luchando.

El legado de los mejores de nuestra historia, de los que han dado testimonio de por vida para lograr tiempos mejores, más justicia y participación social, sobre todo para los más pobres y sometidos de la sociedad, es el mejor legado que revitaliza la esperanza de que lo que viene para Chile en el tiempo cercano, será aún mucho mejor. Los malos legados —la represión, la barbarie, la destrucción de la democracia y de la vida comunitaria— también deben ser recordados para impedir que se repitan. Especialmente en esta fecha memorable: 4 de septiembre, momento democrático de expresión de la soberanía popular. Los buenos legados, simbolizados en lo que representó Salvador Allende, forman parte de la huella histórica de Chile y alumbran el porvenir en este momento crucial en que el país puede pasar a una nueva fase histórica, cualitativamente superior, con educación pública gratuita y de calidad, mejor distribución del ingreso, nueva Constitución y participación social. Los buenos legados se unirán a los nuevos anhelos de las nuevas generaciones que luchan por construir el orden social más igualitario, democrático e inclusivo pos neoliberal/colonial que reclama la sociedad.

Indisolubilidad de los tiempos históricos

Chile, como la mayoría de los países latinoamericanos, vive y experimenta historias paralelas y profundamente contradictorias. En algunos aspectos es un país pre-moderno, en otros aspectos modernos y en cierta medida, postmoderno. En relación a la pregunta del reconocimiento de los pueblos indígenas es premoderno o colonial. Pero también

en relación a la situación de las relaciones sociales de subordinación en el campo, en las relaciones laborales subcontratadas o de la existencia de un *precarizado* excesivamente desregulado (Robert Castel, 2010: 125-142), carente de derechos y de representación ante el capital y las instituciones del Estado. En palabras de Castel: “se podría llamar “precarizado” a esta condición bajo la cual la precariedad se convierte en un registro propio de la organización del trabajo”, una degradación del trabajo que lo sitúa por debajo del estatus del trabajo en la sociedad salarial. Además, en ciertas etapas históricas se avanza y en otras se retrocede. Así por ejemplo, Chile se industrializó en la época del modelo sustitutivo de importaciones (hasta la época del gobierno de Salvador Allende) y luego se desindustrializó bajo la dictadura militar. Es decir, en una etapa se *obrerizó* y luego se *desobrerizó*.

En una etapa los trabajadores poseían más derechos y estaban mejor organizados sindicalmente y en la otra, perdieron sus derechos como trabajadores (a negociar, ir a la huelga y organizarse), se atomizaron, precarizaron y degradaron como personas. Y la economía, el mercado triunfante de las décadas de crecimiento económico, no puede dar cuenta de esta compleja realidad. Tampoco da cuenta la política —ahora desutopizada— ni los procesos de globalización que producen una nueva división internacional del trabajo. La educación también se premoderniza, en el sentido de que el modelo neoliberal basado en la exportación de recursos naturales no elaborados (de materias primas), no requiere de mano de obra muy cualificada. Por lo mismo que no requiere ya de un sistema educacional que integre socialmente —como en el de la época de industrialización—, sino que por el contrario, requiere de un sistema que divida y discrimine clases sociales, *naturalizando* las diferencias sociales y la desigualdad, mediante la estrategia de marketing que promueve la emergencia del *consumidor* individual universal. O sea, del fin de la sociedad. Pero no todos pueden consumir y el consumo se transforma en una realidad ilusoria y ficticia. Entre lo que se promete como libertad individual por parte de los conservadores y liberales y lo que realmente funciona como satisfactor de necesidades básicas, la brecha de la insatisfacción, malestar y frustración, se ensancha, desborda y manifiesta en movimiento social, como ha ocurrido en Chile y en otros países latinoamericanos.

Por lo mismo que diversos autores se refieren hoy al “agotamiento” o “crisis” del modelo neoliberal. Se expresa en el surgimiento de un malestar generalizado en la sociedad con el modelo, el que se manifestó de manera categórica en el masivo movimiento estudiantil de 2011 (Rojas, 2012; Salazar, 2012). Otros autores explican el malestar en:

Se trata, en términos genéricos, de su desprecio por lo público y su exaltación de lo privado. En prácticamente cualquier esfera de la vida venos instituciones construidas sobre la idea de que, sujeto a ciertos requisitos, el despliegue irrestricto del interés privado promoverá adecuadamente el interés público. Es decir, el interés público se reconoce por la existencia material en el mercado de los intereses de los agentes privados (Fernando Atria y otros; 2013: 12).

La expropiación de lo público por lo privado ha constituido una filosofía y herramienta fundamental de la estrategia neoliberal.

En su reciente paso por Chile, con motivo de los 40 años, **Alain Touraine**, muy cercano al país y conocedor de su realidad, reflexionaba:

El problema chileno es no solamente chileno, pero Chile tiene una visión de sí mismo bastante torcida. Todos estos países eran colonias, entonces hay una tendencia muy profunda en todos —dejando de lado por un instante Brasil—, que han tenido una estructura donde hay categorías políticas, sociales y también culturales coloniales o creadas para la dominación colonial. Si Chile pudiera tener una visión de tipo inglés, de tipo económico social, los problemas serían mucho más sencillos, pero no es así, y no puede ser así porque Inglaterra sabe mucho de las colonias, pero como colonizador, no como colonizado. Yo diría que incluso en Chile las raíces profundas de la oligarquía chilena, y Latinoamérica en general, suponen todavía componentes no económicos, pero sí muy fuertes de tipo cultural, étnico, religioso. No estamos aquí en una sociedad de clase. Pero Chile es también el primer país del continente donde se ha creado un Estado. Chile fue un Estado antes de ser una sociedad. Pero si usted toma la visión de un marxismo de cinco centavos, no va a entender nada de Chile. Ni el golpe ni todo lo que pasó después. Hay que entrar en un análisis un poco mas serio; en mi opinión, en el Chile de hoy los aspectos no socioeconómicos —básicamente los simbólicos, las matanzas, los desaparecidos—, tienen un peso enorme y no pueden ser borrados, de la misma manera que Chile intenta vivir sin preocuparse de los mapuches; es lo que al final intentan hacer desaparecer en la sopa nacional, en el «chupe» nacional. Para mí lo que hicieron después del plebiscito fue profundamente un error, digamos, de eliminar el contenido simbólico de la experiencia vivida. Por eso yo digo a los chilenos de hoy: no pasen cuatro años con una Asamblea Constituyente para cambiar la ley electoral, cámbienla en seis semanas y después preocúpense de las desigualdades económicas y los ítems simbólicos (Alain Touraine, *The Clinic*, Págs. 16 y 17, 12 de septiembre 2013).

En el último tiempo se habla mucho, por parte de la clase política y económica, del eventual paso de Chile al desarrollo. La argumentación está basada en el crecimiento económico e ingreso per cápita en aumento. Transitar de la pobreza al desarrollo. Por lo demás era el «sueño» mercantilista «utópico» de los Chicago Boys ya en la década de los ochenta, cuando manejan las políticas económicas de la dictadura. Con el retorno a la democracia se siguió hablando del tema. Y ahora, bajo el Gobierno conservador de Sebastian Piñera, se señala que Chile va a quedar en el «umbral» del desarrollo, gracias al crecimiento económico logrado en su periodo presidencial, que llega a su fin. Pero prácticamente todas las visiones de desarrollo han sido, son, economicistas, basadas en el ingreso per capita, logrado —a lograr— por la varita mágica del crecimiento económico.

Sin embargo, pasar al desarrollo con perspectiva humana, profundización de los derechos ciudadanos y de la democracia con inclusión social, requiere de cambios profundos en lo económico, social, político y cultural. También en lo simbólico, como lo plantea Touraine. La exigencia del movimiento estudiantil, en el sentido de insta-

lar un sistema de educación pública gratuito y de calidad en todos los niveles y cambiar la Constitución Política de 1980 por una aprobada por la sociedad (Asamblea Constituyente), así como realizar una reforma tributaria para financiar las políticas sociales, constituyen algunos de los pilares fundamentales para que el país avance hacia el anhelado desarrollo.

En Chile, después de 40 años del golpe militar y transcurrido más de dos décadas de recuperación de la democracia, se habla aún de la existencia de *enclaves autoritarios* al referirse a la herencia de la dictadura militar. Y es verdad que aun existen, especialmente anclados en la Constitución Política de 1980 impuesta por Pinochet, aún vigente. En realidad, los enclaves autoritarios son múltiples, históricos y muy amplios: se extienden al sistema educacional, universitario, social, sanitario, laboral, previsional. Existe en las relaciones de género (discriminación contra la mujer) y en el trato a las comunidades indígenas (negación del derecho a la autodeterminación).

Finalmente, se puede sostener que existen enclaves coloniales anteriores a la dictadura, los que se entremezclan e interactúan con las subordinaciones modernas, reforzando el sistema de dominación. Se trata de enclaves cruzados de variados sistemas de dominación, que operan simultáneamente e influyen, incluso en las fuerzas políticas progresistas y de izquierda. Sus entrelazos, contradicciones, zonas grises e intersticios, son *históricamente indisolubles*. Y, por lo mismo, deben necesariamente ser considerados íntegramente en un proceso de cambio social, como el que se espera que ocurra en los próximos años, impulsados y requeridos por el profundo sentido de malestar social y las movilizaciones sociales, inspiradas en la igualdad, la justicia social y la democracia participativa.

Bibliografía

- ATRIA, Fernando; LARRAIN, Guillermo; BENAVENTE, José Miguel; COUSO, Javier; JOIGNANT, Alfredo (2013). *El Otro Modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público*. Santiago de Chile: DEBATE.
- BENJAMIN, Walter (2007). *Conceptos de la Filosofía de la Historia*. La Plata: Ediciones Terramar.
- CASTEL, Robert (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. México: FCE.
- ROJAS HERNÁNDEZ, Jorge (2012). *Sociedad bloqueada. Movimiento estudiantil, desigualdad y despertar de la sociedad chilena*. Santiago de Chile: Universidad de Concepción. Editores RIL.
- SALAZAR, Gabriel (2012). *Movimientos Sociales en Chile*. Santiago de Chile: Uqbar.
- SALAZAR, Gabriel (2013). *Villa Grimaldi* (Cuartel Terranova). Volumen I. Historia, testimonio, reflexión. Santiago de Chile: LOM.

TOURAINÉ, Alain (2013). «En Chile el pueblo nunca fue unido y siempre fue vencido». Entrevistado por Ana Rodríguez. Semanario *The Clinic* Año 14- N° 511. Santiago de Chile, 12 de septiembre 2013.